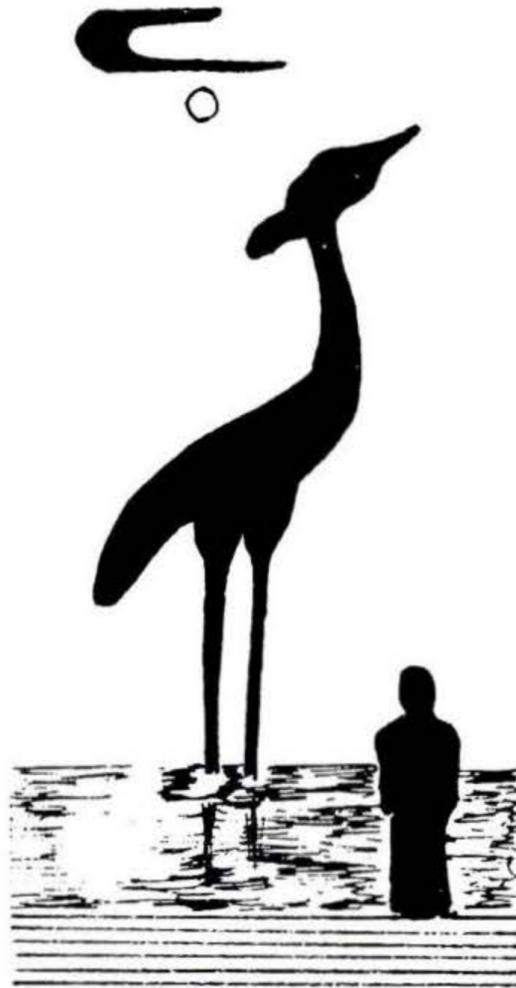


## FILOSOFIA

un espíritu de precisión similar, debemos decir que tales minuciosidades no llegan a ser excesivas.

Debe reseñarse también el espíritu justo, equilibrado, de nuestros viajeros. En ningún caso la distancia crítica y el pensamiento predominantemente democrático que los caracterizaba los condujo a la mezquindad para con las mejores realizaciones de la nobleza y el pueblo alemanes, o para con las bellezas naturales del país. Por eso, y para ilustrar lo que decimos, a la vez que varios de los antologados no dejaron de anotar un relevante ambiente militarista en ciertas esferas —ambiente que tienen el acierto de contextualizar históricamente: las antiguas y mutuas agresiones entre Francia y Alemania— de la nación, observaciones que se tocan incluso de agudeza premonitoria en Medardo Rivas (1825-1901), quien luego de informarnos por encima sobre el abundante armamento (más de cien mil armas) contenido en los salones de El Arsenal, museo militar, concluye con acento de plegaria: "...y quiera Dios que la historia de Alemania se encierre en la inscripción que he citado, colocada en la puerta del Arsenal" (la inscripción decía: "Estas armas sirven sólo para la defensa de la patria; jamás para guerras injustas ni para oprimir a otros pueblos"). ¡Rivas hacía su anotación en el año 1885! A la par, decíamos, con este tipo de observaciones y otras similares sobre aspectos de la organización política, etc., y descontando, por supuesto, el material más abundante: la narración y descripción objetivas, los que escriben son francos e igualmente minuciosos en el elogio: "Dondequiera reinaban en los muebles y adornos la sencillez, la modestia y la economía. ¡Ningún lujo, ninguna preocupación de ostentación artística o palaciega! Tal parecía como si el palacio fuese una residencia de simples *bourgeois* alemanes. Confieso que, si bajo el punto de vista artístico quedamos muy descontentos, el espectáculo nos gustó mucho como rasgo indicativo de las costumbres alemanas", escribe José María Samper, el más predispuesto a la crítica. "El Hotel de Ville o Casa del Ayuntamiento es un verdadero alcázar regio, en cuyos salones se

admiran las valiosas tapicerías, colgaduras de terciopelo, cueros estampados y grabados en estuco que adornan las paredes [...] de un trabajo artístico incomparable, con cielos rasos de estilo gótico primorosamente tallados en madera de nogal" nos cuenta en sus notas de viaje de 1907 José María Cordovez Moure (1835-1918).



El largo lapso (108 años) entre el primer y el último viaje recogidos en el libro, permite captar interesantes cambios en Alemania, en la mentalidad de los viajeros —menos exhaustivos, al menos en lo seleccionado por el compilador, los viajeros del siglo XX, más dados a narrar las incidencias de su viaje particular que a agotar cuanto veían— y en las mismas condiciones materiales del viaje. Es este sentido llama la atención cómo ya en 1929 Antonio Martínez Delgado (1894-1933) se queja y ridiculiza esa modalidad del viaje colectivo, en manada, hoy conocido como "tours", donde se esfuma la posibilidad del viaje personal, del detenimiento y la morosidad individuales, de la aventura, en áreas de un superficial querer verlo todo: "Nosotros hicimos lo propio, como era de rigor, y después

tomamos asiento en uno de esos buses típicos que recorren las ciudades europeas cargados de excursionistas, todos provistos de Baedeker y cámaras fotográficas. No obstante la evidente comodidad y conveniencia de estas excursiones, pues le evitan al turista la difícil obligación de formarse un itinerario por cuenta propia, hay en ellas no sé qué de infantil y depresivo, pues reducen al viajero a la condición de colegial obediente, forzándole a escuchar una lección de historia repetida cien veces del mismo modo [...] El guía [...] va gritando nombres a través de su bocina y relatando historias, mientras los edificios, las grandes plazas, los jardines y los monumentos pasan y pasan en interminable sucesión, dejando en la mente un recuerdo confuso..."

No pocos aspectos del libro han quedado por fuera de nuestro comentario, pero los que hemos reseñado son suficientes para afirmar que dentro de la más bien escasa bibliografía nacional sobre viajes, esta selección de textos es una de las más sugestivas.

JAIRO MORALES HENAO

## Disputatio-quaestio- inventio Magister dixit

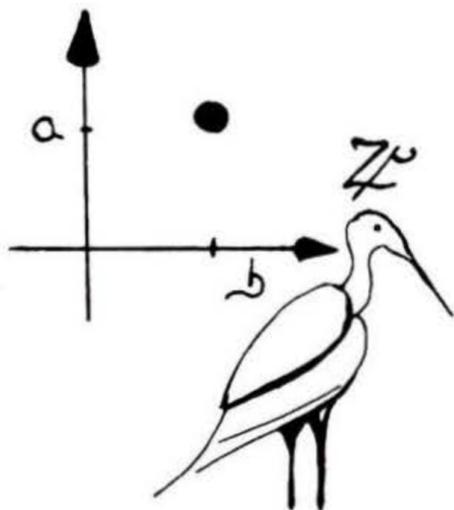
Signo y lenguaje en san Agustín

Alfonso Rincón González

Centro Editorial Universidad Nacional, Bogotá, 1992, 215 págs.

Cautivar un espíritu moderno es tarea difícil para un santo de la iglesia latina. La teología y el pensamiento cristiano son el legado que se conoce de san Agustín; pero más allá de los problemas de Dios, del alma, del bien y de la felicidad, está el hombre comprometido con el conocimiento, con la verdad y con la palabra. Alfonso Rincón, teólogo (Ph. D. de la Universidad de Laval) y estudioso de

san Agustín, quiso traer al siglo XX un trabajo que relaciona dos motivos de interés: "1) el personaje mismo, hombre asombroso, apasionado por la verdad y la belleza, dotado de un cierto sentido del todo o nada; y 2) el lenguaje humano, actividad que se halla en la raíz misma de nuestro ser consciente y de nuestra comprensión de lo real" (pág. 23).



La herramienta de trabajo de Rincón es el diálogo filosófico y las reflexiones de san Agustín sobre el signo y el lenguaje. Hijo del mundo antiguo, el "santo de Hipona" guió parte de sus reflexiones a través del diálogo, como forma de manifestación literaria y como procedimiento de búsqueda de la verdad. En el curso de su actividad intelectual, san Agustín recurre, en una primera etapa, a un diálogo no literario: "simples conversaciones registradas" que no van más allá de esa pretensión. Pero en la segunda etapa el registro se re-escribe, ahora literariamente y con el propósito de evidenciar el error de una teoría o la verdad de un principio. El uso del diálogo viene directamente de Cicerón, a quien san Agustín leyó y, por extensión, de Platón, a quien Cicerón tradujo. San Agustín emplea la mayéutica como metodología, sigue un ideal como búsqueda. Pero el objetivo final no es el resultado de un proceso de síntesis, sino de interiorización para el encuentro con Dios. Sin embargo, el camino para llegar a él sigue un procedimiento en el diálogo mismo regido por tres etapas sucesivas (*disputatio-quaestio-inventio*). Estos tres niveles de la actividad dialógica llevan un orden que no deja de lado la razón;

ésta, en cierto modo, la estructura. El Santo llama a la razón *dux* (guía, jefe) e insiste en su valor para llegar a la verdad.

Alfonso Rincón tiene en cuenta los pasos definidos por san Agustín en el diálogo, pero establece un nuevo orden. La *disputatio* (discusión) es la que mantiene el debate y, por lo tanto, es un momento primordial en el desarrollo de éste. Ella se sitúa entre la *quaestio* (pregunta), que abre el planteamiento y genera el deseo de saber, y la *inventio* (resultado) del debate, que es a lo que finalmente se llega.

El libro tiene en cuenta a san Agustín desde un punto de vista: el de la palabra y lo que ella entraña. San Agustín "amó la palabra, como lo testimonia su actividad de escritor y predicador". De hecho, en casi todos sus diálogos, trató una particularidad de ella, desde el lenguaje o desde el signo. El "verbum", concebido primero como lenguaje humano y luego como palabra de Dios, guió siempre su reflexión sobre el lenguaje" (pág. 25).

La lectura de análisis que realiza Alfonso Rincón en los diálogos y especialmente en el *De magistro*, sitúa a san Agustín dentro de la filosofía del lenguaje. Las nociones de signo y significado, tan conocidas en la lingüística general saussuriana, ya se habían formulado. Dentro del círculo de los filósofos del lenguaje, Rincón se refiere a Wittgenstein, por ejemplo, quien hace una interpretación del lenguaje en san Agustín, y también a Lacan, quien expresa que "es muy dicente darse cuenta de que los lingüistas han necesitado quince siglos para redescubrir, como un sol que se levanta de nuevo, como una aurora naciente, ideas que ya estaban expuestas en el texto de san Agustín *De magistro*, que es uno de los más admirables que se puedan leer" (pág. 25).

El autor expone los conceptos agustinianos de signo y lenguaje que pasan por los diálogos de análisis. En ellos se muestra lo singular de los conceptos. *Contra académicos*, por ejemplo, trabaja el signo como "elemento que, conocido, lleva al conocimiento de otro elemento" (pág. 83);

*De beata vita* analiza el signo como "cosa que al percibirse, da lugar al recuerdo o a la advertencia de algo" (pág. 86). En el diálogo *De ordine*, san Agustín trata de manera más extensa el signo: también como algo sensible en el que puede determinarse el signo como tal y lo significado por él, dándole más importancia a lo significado que al significante. Hablando de la palabra como signo dice: "La palabra, si no significa nada, si no comunica una sensación a los oídos y otra a la mente, no es una palabra" (pág. 95). En cada uno de los diálogos, san Agustín amplía poco a poco el espectro de lo significado. El concepto, sea signo, lenguaje, etc., se particulariza en cada texto, pero se enriquece en el contexto.

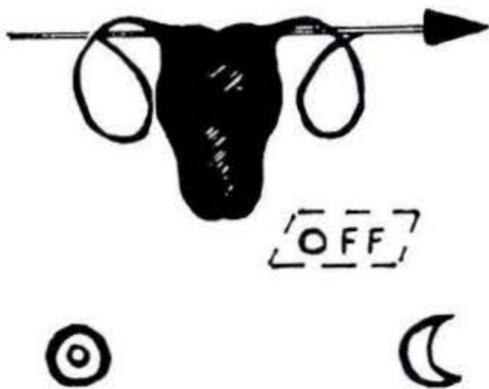
El testimonio semiológico más completo se recoge en el diálogo *De magistro*. El texto, punto central del libro, lo ve Rincón desde "la posibilidad del lenguaje de contribuir al conocimiento de la verdad". Por lo tanto, el lenguaje es el vehículo o instrumento de aprehensión de la verdad. La pregunta clave de para qué ha sido instituido el lenguaje lleva a la comprensión de lo que san Agustín tuvo siempre en la mente: la búsqueda de la verdad y, en consecuencia, el valor de la enseñanza verdadera.

Si al hablar, dice Rincón, se quiere tanto mostrar como enseñar y ser enseñado, la palabra, como expresión del pensamiento, lo hace. ¿Pero ésta, como tal, está relacionada íntimamente con la verdad? ¿Se puede conocer la verdad a través de algo externo al hombre mismo, sea palabra articulada o escrita, sea gesto (signo)? San Agustín pasa por la razón, el diálogo y el lenguaje como medios para llegar a la verdad, pero concluye que se aprende gracias a la verdad que enseña interiormente y no a las palabras que resuenan externamente: "Cristo enseña en el interior; el hombre con las palabras estimula el exterior" dice san Agustín en el diálogo *De magistro*. La doctrina de la iluminación es la respuesta que da el Santo al conocimiento verdadero, lo que implica la fe en su pensamiento y en su filosofía.

La validez del análisis de texto está en su aporte: como libro que muestra la teoría sobre el signo y el lenguaje

en toda su extensión y como presentación del filósofo del siglo IV que penetró en el mundo de la palabra.

SILVIA M. CRISTANCHO B.



## Bogotá, prensa y niñez

La niñez en el siglo XX  
Cecilia Muñoz, Ximena Pachón  
Planeta, Bogotá, 1991

Salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia y protección es el subtítulo de la cubierta y de los siete capítulos bajo los cuales se presenta la información de este estudio; a ellos se agrega el primer capítulo sobre Bogotá y el último de reflexiones. El subtítulo de la portada: Comienzos de siglo, complementa mejor los alcances del estudio; en realidad, el período abarcado va de 1900 a 1930. Tal vez valga la pena precisarlo en las siguientes ediciones, y señalar igualmente que el estudio se circunscribe a Bogotá, y situar mejor al lector. El llamado corpus empírico de toda la investigación reposa en el documento periodístico que, al decir de las autoras, "se constituye en unidad de análisis pero también en unidad descriptiva" (pág. 11).

La introducción plantea que el estudio se inscribe dentro de la concepción francesa desarrollada por Ph. Ariès y continuada, entre otras, por E. Badinter. Se trabaja el concepto del

niño relativo al cambio, a los valores y a la visión que la sociedad tiene de sí misma; se plantean las preguntas que sirven de guía para la reflexión: peso relativo de las distintas instituciones para la concepción de la niñez; relación entre los principios de organización y las formas que adoptan las instituciones de niños, etc. Esas preguntas resultan, sin embargo, demasiado prometedoras y posiblemente, en el estado actual del trabajo, imposibles de responder.

Los primeros tres capítulos —"Bogotá una ciudad pequeña e insalubre", "La salud de los niños", "La educación de los niños"— ofrecen información sobre la ciudad provinciana de 100.000 habitantes que era Bogotá hacia 1900. La obra comienza con datos pintorescos y curiosos que ambientan lo que debía de ser la capital. Una ciudad en que la población infantil sumaba más de la mitad de la población total. Los llamados chinos de la calle, gamines, emboladores, voceadores de periódicos eran ya parte importante de la población de niños trabajadores de las clases menos favorecidas. Otros datos sobre edificios, tranvías de mulas, etc., corresponden a descripciones que reconstruyen imágenes curiosas. Este capítulo sobre la ciudad muestra que muchos de sus problemas actuales son historia que se repite y se reproduce, desde la inseguridad hasta el mal estado de las calles. Esa continuidad de los problemas es igualmente notable en el capítulo dedicado a la educación, que dibuja un panorama sombrío del sistema educativo: la mala remuneración de los maestros, la baja calidad de la educación, la falta de mérito de los textos pedagógicos reglamentados, etc. Otros problemas más específicos de la época son el debate sobre la educación religiosa frente a la laica, la pública frente a la privada, problemas debatidos en la Reforma Instruccionista de 1909. En 1924 se trae la Misión Pedagógica Alemana, con efectos tangibles en la modernización del ministerio, aunque, al parecer de las autoras, no tanto en la modernización de la educación pública. Los maestros, la pedagogía nueva, la lectura y la religión, la vigencia del castigo físico, la higiene, son temas que contemplan

el panorama del momento. No es arriesgado afirmar, entonces, que la educación siempre ha estado en crisis. Los temas son asombrosamente los mismos antes como ahora; basta compararlos con el diagnóstico de la Misión de Ciencia y Tecnología del actual gobierno (1991). La agilidad y el vigor de estos capítulos sobre la ciudad y sobre la educación son definitivamente notables, sobre todo si se los compara con los capítulos siguientes, en los que cierto brillo y tensión en la descripción decaen. El capítulo de la salud es presentado en forma más esquemática y rígida, con base en cifras e inventarios de epidemias. Las tasas de mortalidad de los niños alcanzan la mitad de la cifra total. Las enfermedades más frecuentes de la época son la bronconeumonía, la bronquitis, la enteritis, la fiebre tifoidea y el sarampión. En 1920 aparecen los primeros hospitales para niños, pero las costumbres oscilan entre remedios caseros y drogas fabricadas. Estos dos temas, educación y salud, en tanto que aparatos de la sociedad y entidades claras en la definición de un sistema social, permiten mostrar indicadores y referencias empíricas contrastables y valiosas.

Siguen capítulos como "Los niños en familia" (capítulo cuarto) y "La religión de los niños" (capítulo sexto). Se encuentran allí descripciones de una familia patriarcal y fecunda; el padre, autoridad distante; la madre, hogareña. Los valores de austeridad: para el gasto, para comer, para habitar, pero también austeridad para querer, y contrastan con los valores de hoy. Se registran las prácticas de las "amas de leche" y "amas de brazos". Se traen informaciones de prensa con las descripciones de los niños sobre el lugar donde habitan, el día más triste de sus vidas, sobre lo que quieren ser cuando grandes, sobre lo que les cuesta más trabajo: "A mí hacer dibujos, pues siempre que me propongo pintar una cosa salgo con otra...". Indudablemente la parte más deliciosa es cuando se les pregunta lo que quieren ser cuando sean grandes. Estos singulares datos de prensa resultan especialmente sugerentes, hasta el punto que el título del libro bien podría ser *La niñez en la prensa de*